Formación de maestros y ciudadanos

¿EDUCACION PUBLICA O EDUCACION CIUDADANA?*

José Gregorio Rodríguez
Profesor Facultad de Ciencias Humanas
Universidad Nacional de Colombia

La pregunta por lo público siempre nos remite al interrogante por lo privado. De alguna manera, el conflicto más grande de la educación actual está en no saber responder a la dicotomía entre la formación para la integración social y la formación para la autonomía personal.

Este texto pretende esbozar algunos aspectos del escenario actual en el que se mueve la educación, reflexionar sobre los nuevos significados del término, sobre los retos a los que se debe responder la educación y plantear algunas alternativas que comprometen no solo al sistema educativo, sino a la ciudad como totalidad.

Una breve ubicación histórica

La existencia de la escuela como la conocemos hoy "está íntimamente

relacionada con la historia de la construcción de la nación, de la democracia y del mercado" (Tedesco, 1995; 30). Como la democracia moderna nace con la noción de Estado-Nación, al dejar de fundar la legitimidad política en la dinastía o en la religión y basarse en la soberanía popular, la educación juega un papel protagónico en el proceso de socialización, puesto que era el vehículo que permitía que el sujeto se convirtiera en ciudadano, a quien se le exigía la adhesión a la nación por encima de cualquier otro vínculo. (Tedesco, op. cit).

* Este texto fue presentado como conferencia en el marco del programa "De cada funcionario un alcalde", auspiciado por el Instituto Distrital de Cultura y Turismo y desarrollado por la Universidad Nacional de Colombia. Santafé de Bogotá, julio de 1997.

Los países que lograron configurar una identidad nacional, aún sacrificando la diversidad que muchas veces se daba en su interior, se caracterizan por alcanzar altos niveles de cohesión social (por lo menos, de los sectores que se incorporaron a la vida económica, cultural y política). La participación efectiva en estas sociedades estaba apoyada en las formas de socialización que promovía la escuela, pues su fuerte carácter jerárquico que impone niveles crecientes de complejidad, asociados con niveles crecientes de autoridad y con el escalamiento de posiciones sociales cada vez más altas, implicaba que un ascenso en la jerarquía educativa, estaba asociado con un ascenso en la jerarquía social (movilidad social alcanzada por la educación).

Sin embargo, mientras la escuela promueve estos valores de socialización para los aspectos públicos, en las dimensiones relacionadas con la vida privada, la socialización escolar propugna la rigidez, el respeto a la autoridad, el valor de la disciplina, la aceptación de roles y visiones del mundo predefinidos que antes dominaban la formación que brindaba la familia y la iglesia, instituciones encargadas de la educación antes del advenimiento de la democracia. (Tedesco, op. cit.).

El panorama actual

Las nuevas formas de producción en las que el uso intensivo del conocimiento forma parte fundamental y en la que las fronteras de los estados nacionales han perdido importancia hacen que la idea de la ciudadanía, asociada a la Nación vaya perdiendo significado y vaya

ganando territorio una concepción dual de ciudadanía de ciudadanía: de una parte hacerse 'ciudadano del planeta' y de otra, lograr identidad local. De hecho, Europa ya se está perfilando como un continente de ciudades, en el cual las fronteras nacionales van perdiendo fuerza y va ganando identidad y protagonismo la ciudad interconectada con otras. Los jóvenes de hoy ya tienen 'hogares' en más de una ciudad y se mueven con la misma facilidad que antes se movían en las casas de sus tíos y abuelos.

Así, la socialización primaria que se caracteriza por la carga afectiva con la que se transmite y por la identificación del sujeto con la visión de mundo que le presentan los adultos, está ahora más relativizada que antes. En la familia que se mantenía como núcleo, se hacía esta socialización y ella, al menos en las clases letradas, preparaba al niño para que la escuela pudiera educarlo, no solo en el conocimiento, sino en los valores que ella transmitía. Hoy, con la incursión de la mujer en el mundo del trabajo, con la temporalidad de la vida de pareja y con la invasión de los medios de comunicación en el hogar, el tiempo real que los niños pasan con los adultos ha disminuido y la socialización primaria no es asumida por la familia, sino por los medios de comunicación, especialmente la televisión y por otras organizaciones (salas-cuna, guardería, jardines infantiles...).

Como la televisión no está diseñada para ser un medio educativo, sino que se rige por las leyes del mercado y procura que su programación llegue a la mayor teleaudiencia posible, sus códigos estimulan el facilismo, el individualis-

mo y el consumo. Esa es la socialización primaria que muchos de nuestros niños reciben. En la medida que los mensajes de la televisión se apropian, se debilita el modelo paterno o materno y se reemplaza por el ídolo de la pantalla. Así mismo, la autoridad de los padres y demás adultos se deteriora y el niño introyecta patrones que le son más cercanos a su diario vivir: los de la televisión y los de sus compañeros (que también son formados por la T.V.).

De otra parte, la sociedad contemporánea, considera que cada uno tiene el derecho a decidir sobre su propia vida, por ello mismo, la imagen de mundo que se transmite es menos unidimensional y conlleva a un cierto relativismo que, en la primera infancia puede conducir a confusión sobre los valores y el proceder humanizador. En este panorama, "los niños llegan a la escuela con un núcleo básico de desarrollo de la personalidad, caracterizado bien por la debilidad de marcos de referencia, bien por marcos de referencia que difieren de los que la escuela supone y para los que se ha preparado". (Tedesco, op. cit.: 44).

Estos factores de cambio en la socialización primaria hacen que la labor de la escuela esté más propensa al fracaso, riesgo que es mucho más dramático en los grupos donde la subsistencia mínima está amenazada. De una parte, la pérdida de autoridad de los adultos y, de otra, la ausencia de formación en dos códigos primarios que permitían una mínima disciplina para emprender las tareas escolares que se caracterizan por la exigencia, la secuencialidad y las jerarquías hacen que la responsabilidad de 'so-

cialización secundaria' que se asignaba a la escuela en nuestras sociedades quede en el aire, entre otras razones porque las escuelas han cambiado muy poco en su organización, en sus funciones y en sus propias prácticas pedagógicas.

Ante esta crisis, se perfilan dos 'soluciones': los sectores más cercanos al capital responden con el neoliberalismo y los sectores más radicales responden con diversos fundamentalismos e integrismos. (Tedesco, op. cit.). La confusión que reina en el escenario actual hace que los expertos en educación opten por alguna de las alternativas sin considerar los efectos perversos de las mismas. De una parte, la propuesta neoliberal, asociada con el capitalismo salvaje estimula el individualismo y la competencia al punto de poner en peligro la existencia misma de la sociedad por cuanto los vínculos de cohesión, que de alguna manera se urden a través de valores tales como la solidaridad, desaparecen en aras del éxito personal. De otra, los fundamentalismos rechazan también al diferente excluyéndolo de la posibilidad de construir el tejido social. Las consecuencias son inevitables: la violencia que se genera tanto desde los 'incluidos' como de los excluidos pone de manifiesto que no es posible apostar por una de estas alternativas.

Algunos caminos

La identidad de la educación en el mundo actual está por construirse. Algunos rasgos de esta nueva cara de la educación pueden venir del análisis de los cambios en las formas de producción, de la organización social, de la vida política y

de las relaciones de los seres humanos con el planeta y con la cultura.

La dicotomía entre la formación de la persona y la integración social empieza a mostrar síntomas de debilitamiento. El problema se planteaba como una contraposición entre la homogenización y el libre florecimiento de la personalidad. Actualmente, el desarrollo de la autonomía personal que implica capacidad analítica, sintética, crítica, de goce estético, de convivencia en el reconocimiento de las diferencias, de cooperación y de adaptación al cambio, no se opone a la apropiación de los códigos de la cultura, tanto la local como la universal. Por el contrario, una mirada amplia desde el prisma de la propia tradición y la capacidad de interactuar con tradiciones diferentes, son consideradas como elementos fundamentales de los nuevos ciudadanos. En este contexto, se trata "de formar para la innovación, personas capaces de evolucionar, de adaptarse a un mundo en rápida muta-

ción y de dominar el 'cambio'. (Delors & otros, 1996: 78).

Desde una perspectiva económica, el éxito de una empresa está estrechamente relacionado con el capital humano que posea y con el valor agregado de sus miembros. La estructura ocupacional se va articulando en torno a tres categorías de personal de servicios: rutinarios, el de servicios personales y el de servicios simbólicos (Toffler, 1990. Citado por Tedesco, op. cit.). El trabajo de quienes se ubican en esta tercera categoría se relaciona con la identificación de problemas, la creación de soluciones y la definición de estrategias. Es evidente que quienes se ubican en esta tercera categoría son quienes se alcanzan las mejores posiciones sociales y ellos se caracterizan por el desarrollo de cuatro capacidades básicas: la abstracción, el pensamiento sistémico, la experimentación y la capacidad de trabajar en equipo. (Tedesco, op. cit: 61).

El problema que plantea la estructura ocupacional debe ser mirado desde la perspectiva social con las lentes de la equidad y la justicia para que se convierten en las brújulas que orientan las decisiones. Para que los privilegios no se perpetúen se requiere que todos tengan acceso a las posibilidades que brinda la sociedad actual. El desarrollo de las capacidades para participar en el complejo trabajo que exige el mundo simbólico es un reto que tenemos y es un deber que se impone a la educación. En sociedades como la nuestra en la que las distancias entre pobres y ricos es descomunal, se hace imprescindible que se inicie un proceso de transformación de las oportunidades que se brinda a los más pobres para

que puedan acceder a los beneficios de las estructuras complejas.

Estas decisiones de política que buscan democratizar la sociedad, conllevan también cambios en el significado de democracia. Mientras los esquemas anteriores buscaban que la participación de los ciudadanos se diera simplemente a través del sufragio, las nuevas formas de participación democrática traspasan las fronteras de la representación y promuevan la idea de construcción cooperativa de alternativas de organización social y de uso del poder. Esta nueva dimensión exige que cada persona pueda hacerse partícipe de las decisiones que afectan a la comunidad. Mientras la sociedad no abra espacios efectivos para que esta exigencia se vuelva realidad y las personas no sean formadas desde niños en esta dinámica no será posible la deseada democracia participativa.

El desarrollo sostenible como una urgencia del planeta, si se quiere que la especie humana pueda disfrutar de los bienes que le brinda la naturaleza, es otro de los aspectos que la educación debe enfrentar. La conciencia de un hábitat frágil y finito en el cual el ser humano debe crecer y con el cual debe aprender a convivir se hace cada día más necesaria para que en la vida cotidiana se pueda colaborar con el cuidado del planeta y para que se pueda participar en las luchas por una tierra en la que las próximas generaciones puedan vivir.

Desde la perspectiva cultural se hace cada vez más imperativa la apropiación genuina de la cultura que ha sido urdida y legada por las generaciones que nos han precedido para que ese punto de referencia haga posible la valoración de otras formas de ser y de vivir. La comprensión de culturas diferentes

a la nuestra, constituye la posibilidad de confrontarnos con ellas y de construir nuestra propia identidad gracias al reconocimiento de las diferencias. La aceptación de la diferencia como condición de la riqueza humana es el valor fundamental sobre el que se construye el diálogo, la convivencia y la solidaridad, bases de la cohesión social. La exclusión es posible porque creemos que el mundo es como nosotros lo concebimos y consideramos erróneos o indeseables otros tipos de creencias, actitudes o formas de ser y de vivir.

¿Quién educa y a quién se educa?

Estamos muy acostumbrados a creer que existe una edad para educarse, una institución para hacerlo y unos profesionales de la educación. Esta forma de segmentación de la actividad social nos hace sentir muy cómodos poniendo en la picota pública a la escuela y acusando a los maestros de los males de nuestra juventud y de la sociedad.

El panorama actual presenta algunos factores que hacen cambiar no solo el escenario, sino la acción educativa. El desfase entre educación y movilidad social, la urgencia de ampliar la cobertura a todos los sujetos de todos los sectores de la sociedad y de ofrecerles la educación de la mejor calidad, la necesidad de educarse durante toda la vida y las nuevas formas de acceder tanto a los conocimientos como a las formas de pensar, sentir y actuar hacen obsoletos los actuales sistemas educativos y las instituciones de educación. (Cfr. Giroux & Flecha, 1994; Savater, 1997).

Los sistemas educativos organizados en forma secuencial y jerárquica con objetivos, tiempos, certificados y títulos declaran preocuparse por la educación del ciudadano y de la persona 'integral' pero en la práctica orienta sus esfuerzos a la formación de los recursos humanos que necesita el sector productivo y, lo que es peor, con un nivel de éxito casi nulo. En nuestro país la Ley 115 de 1994 reforma el sistema educativo descentralizándolo y cargando la responsabilidad en una institución casi inexistente: la escuela, con el argumento de la autonomía institucional y la descentralización. A este inválido al que nunca se le enseñó a caminar, se le pide que vuele.

Si en algún sector se está sintiendo con fuerza el espíritu neoliberal es en el sector educativo. Ahora todo son concursos públicos para que compitan los mejores por los escasos recursos que el estado asigna. Política perversa si se tiene en cuenta que los más débiles difícilmente podrán competir por los recursos y, los más débiles atienden a la población menos favorecida. Estamos cavando nuestra propia sepultura pues la distancia que existía entre ricos y pobres (o entre los que pueden acceder a una educación de buena calidad y los que deben contentarse con el colegio de barrio) es cada vez mayor. Ese distanciamiento no lo disminuirá la violencia que se genera en los cordones de miseria.

Las escuelas de nuestros barrios son quizá las instituciones más débiles de nuestras sociedades. Dependen del o la director(a) de turno y tal cual profesor(a) que se interese por los estudiantes. En realidad, cuando faltan estos(as) quijotes la escuela puede dejar de

existir y nadie reclama porque no hace falta en el cuerpo social. Es más urgente el alcantarillado, o la vía, o la ruta de buses, aún la misma iglesia o el puesto de salud. Pero la escuela, basta con el edificio. Lo que pasa adentro no incumbe a la comunidad. Son contadas las excepciones en que una comunidad exige más a sus maestros y marcha por una escuela que brinde la mejor educación. A lo sumo se marcha para que se otorguen cupos. La mera cobertura, sin embargo, no garantiza solucionar el problema.

La necesidad de educarse en forma permanente y las posibilidades que brindan las nuevas tecnologías son dos factores próximos que nos impulsan a plantear que el problema de la educación en las socie-

dades modernas no es un asunto exclusivo de la escuela y la universidad. (Cfr: Sancho & Millán (Comp.), 1995); El problema tampoco es competencia exclusiva del estado. Remite a la sociedad toda, empresarios, entidades de servicios, comunidades locales, familias, organizaciones de diversa índole. Los ejemplos abundan: el uso racional del agua o del fluido eléctrico, el cuidado de los buses, la forma como disponemos las basuras, el uso que hacemos de las vías y los parques o el ruido son asuntos que se relacionan de manera directa con la educación de los individuos para que puedan comportarse como ciudadanos. "La educación no puede contentarse con reunir a los individuos haciéndolos suscribir a valores comunes forjados en el pasado. Debe responder también

a la pregunta: vivir juntos, ¿con qué finalidad? ¿para hacer qué? y dar a cada persona la capacidad de participar activamente durante toda la vida en un proyecto de sociedad". (Delors 1996: 65).

La finalidad de la educación va más allá del entrenamiento para la producción. Promover la autonomía individual y la calidad de ciudadano constituyen el sentido profundo de la educación. La ciudadanía no se construye en la heteronomía, pues requeriríamos un policía en cada escenario en el que los sujetos se movieran. ¡Absurdo! Sin embargo, parece que las soluciones de muchos de nuestros dirigentes se orientan por este camino. La fuerza y la represión no conducen a consolidar sociedades, generan todo tipo de corrupciones. El criterio personal para juzgar la bondad de los propios actos y orientar la conducta por la vía del bien para sí y para los demás, es condición fundamental para el desarrollo personal y para la construcción de auténticas sociedades, pues los vínculos genuinos se urden por la interacción entre los participantes y por la aceptación del otro como distinto (y no como 'otro yo').

En este sentido la tarea educativa no puede ser dejada exclusivamente a la escuela. Nos compromete a todos, así como a todos nos compete el ser y el quehacer de la escuela. Esta institución no puede continuar siendo una 'casa de enseñanza' en la que unos adultos, que supuestamente saben, transmiten su saber a unos niños y jóvenes que supuestamente no saben. La escuela debe ser una 'casa de estudio' en la cual todos estudiamos para aprender en forma compartida. A la escuela deben asistir

niños, jóvenes, adultos, viejos con el fin de compartir el saber. Serán los proyectos compartidos los que orientarán el trabajo de cada uno y quienes debemos dar ejemplo de estudio somos los maestros. (Cfr. Rodríguez, 1997).

No es suficiente que cada escuela tenga su propio proyecto educativo. La localidad y la ciudad requieren de un proyecto, no solo de un plan. El proyecto parte del supuesto de "visiones compartidas" (Senge, 1992) que se construyen cooperativamente y comprometen a sus actores. Los proyectos educativo de ciudad y localidad trascienden los fines de la escuela e involucran a la totalidad de la sociedad, da sentido y orienta los fines de los proyectos escolares y hace posible un trabajo sostenido hacia la construcción de lazos de cohesión social y hacia la identificación de los factores de exclusión que impiden el desarrollo de la ciudadanía. (Vintró, 1997).

En este contexto, se hace imprescindible la participación efectiva de diversas instituciones de la sociedad para la formación de los ciudadanos. Los funcionarios de las diversas entidades aquí presentes deben tener clara conciencia que sus instituciones tienen funciones educativas ineludibles y, por tanto, es deber de todas participar en la educación de la ciudadanía. No es solo un problema del sector público, es un problema de todos, pues la educación para la ciudadanía, para la realización personal y para la productividad, debe ser considerada como un bien público y no como un simple servicio. Todos tenemos derecho a ella y todos debemos participar en su construcción.

REFERENCIAS

DELORS, J. & otros. (1996). La Educación encierra un tesoro. Informe a la UNESCO de la Comisión Internacional sobre la educación en el siglo XXI. Madrid: Santillana-UNESCO.

GIROUX, H.A. & R. FLECHA. (1994). Igualdad educativa y diferencia cultural. Barcelona: Roure.

RODRIGUEZ, J.G. La Escuela: Casa de estudio. En: *Alegría de Enseñar*. 31: 12-19.

SANCHO, J. M. & L. M. MILLÁN, (1995). Hoy ya es mañana. Tecnologías y Educación: un diálogo necesario. Sevilla: Morón.

SAVATER, F. (1997). El valor de educar. Barcelona: Ariel.

SENGE, P. (1992). La quinta disciplina. El arte y la práctica de la organización abierta al aprendizaje. Barcelona: Granica.

TEDESCO, J.C. (1995). El nuevo pacto educativo. Educación, competitividad y ciudadanía en la sociedad moderna. Madrid: Anaya.

VINTRO, E. (1997). El proyecto educativo. En: *Barcelona Educación*. 2: marc-abril: 4-7.

Otras lecturas recomendadas

El número 2, monográfico de la revista *Educación y Ciudad* dedicado al tema "la ciudad como escuela". Esta revista es editada por el Instituto para la Investigación Educativa y el Desarrollo Pedagógico del Distrito Capital de Santafé de Bogotá, IDEP.